

Leandro Pérez



La sirena de Gibraltar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Leandro Pérez, 2017
c/o Dos Passos Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: enero de 2017
Depósito legal: B. 24.350-2016
ISBN: 978-84-08-16513-2
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Rotapapel
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE
—
SIETE DÍAS

I. LUNES, 1 de julio de 2013	11
1. LA SIRENA DEL MANZANARES	13
2. TRES GRACIAS	19
3. BELLA, SERENA, ETERNA	41
II. MARTES, 2 de julio de 2013	59
4. LAS REINAS DEL ESTRECHO	61
5. VIVIMOS CON NUESTROS MUERTOS	79
6. UNA MUELA CARIADA	91
III. MIÉRCOLES, 3 de julio de 2013	103
7. LA QUINTA TORRE	105
8. UN MÓVIL	122
9. BUTRÓN	131
IV. JUEVES, 4 de julio de 2013	147
10. CALADOS HASTA LOS HUESOS	149
11. SIN PERDÓN	167
12. A PALO SECO	171
13. CLAVES Y LLAVES	193

V. VIERNES, 5 de julio de 2013	227
14. EN EL LIMBO	229
15. AVE, JORGE	244
16. EN MARBELLA	264
17. GIBRALTAR	277
18. PÓKER	289
VI. SÁBADO, 6 de julio de 2013	295
19. CATALAN BAY	297
20. EL CICLISTA	327
VII. DOMINGO, 7 de julio de 2013	339
21. EPÍLOGO	341
13 DE JULIO	345

LA SIRENA DEL MANZANARES

La muerte es una sirena andaluza con la cola forrada de hormigón. Una sirena de ojos abiertos y pechos mecidos por la corriente, que seduce a peces y buzos.

La sirena emerge del Manzanares un amanecer soleado y tórrido. Boca abajo parece una momia mutilada, envuelta en plásticos chorreantes que impiden que sus brazos se aferren a las aguas del río madrileño. La grúa que atenaza el bloque de hormigón donde está clavado el cadáver se mueve despacio. Supervisada por decenas de operarios y policías, posa con mimo la carga en la bañera de un camión.

Pero la sirena del Manzanares seguirá siempre sumergida. Esa misma mañana, encerrada en un vídeo, empezará a seducir a internautas de todo el mundo en siete segundos fascinantes, grabados por uno de los submarinistas.

Juan Torca contempla el rescate a un centenar de metros. Sin ocultarse, en mitad de un puente. Cuando el camión arranca, Torca cabalga una moto y escolta a la sirena hasta el instituto anatómico. Poco más puede hacer. Intentará visitarla de madrugada, quizá después de que la hayan despegado del hormigón y de que un forense la haya profanado.

Torca regresa a Gran Vía. Debería dormir, no ha pegado ojo. O comenzar a husmear. Pero se desnuda, se ducha con agua fría, se seca y regresa a la calle para mojarse de nuevo, esta vez con su propio sudor, en pantalón corto y con zapatillas deportivas. Aunque corre despacio, el calorazo lo funde en cuanto rodea la fuente de la Cibeles, antes de divisar la Puerta de Alcalá. Baja el ritmo al adentrarse en el parque del Retiro y se detiene al llegar al lago. Con la mirada perdida, intenta no pensar en la otra sirena.

—Tendrás que matar a dos putas —le había dicho la mujer un mes antes.

Ya puestos, ¿por qué no otra más? No hay dos sin tres, pensó Torca. En cambio, replicó:

—¿Por cuánto?

No preguntó por qué. Ni para quién. No era el momento.

Datos, sólo datos. Fríos como cadáveres. Los que propaga la radio. Desde hace unos meses, algunas veces Juan Torca corre con auriculares por Gran Vía y el Retiro. Se está acostumbrando a ir por la vida desarmado y despreocupado. Madrid ya no es territorio comanche. Torca sólo escucha música, pero esta vez hace una excepción. Cambia de emisora. Y encuentra un informativo donde hablan del asesinato.

Un locutor cuenta que la sirena del Manzanares se llamaba Rebecca Cruz. Que la llamaban Becca Cruz, en

Gibraltar. Y la Queca, al otro lado de la Verja. Que tenía treinta años y dos hermanas: Maddie y Lisa Cruz.

Torca se guarda los cascos y echa a correr. Le extraña que ya la hayan identificado y que ya lo hayan divulgado. Apenas han pasado unas horas. Regresa.

Al rebasar la fuente de los Galápagos, rumbo noroeste hacia la Puerta de Alcalá, se cruza con una ecuatoriana que corre como una rueda pinchada. Le suena de otros días.

También deja atrás a dos niños que la están insultando:

—Vaya pandero, cerda.

—Tú, panchita, ¿por qué no vuelves a tu selva? No os queremos aquí.

Torca se detiene.

La ecuatoriana, embutida en unas mallas negras y recocida con una sudadera de felpa de color fucsia, trota a duras penas. Los chicos, apurando el paso, van casi a su ritmo.

—Sudaca de mierda, ¡lárgate de aquí!

Cualquier otro día, quizá, lo hubiera dejado pasar. Hoy Torca desanda el camino y se encara con ellos.

—Igual os tenéis que largar vosotros.

Parecen estudiantes, por los mocasines, las camisas y las mochilas. Van rapados, marcando bandera rojigualda en los relojes. Al larguirucho le cambia la cara, pasa del descojono al acojonamiento en décimas de segundo. Pero el otro, un machaca, le insulta:

—Esto no va contigo, hijo de la gran...

No llega a decir «puta». Torca, sin miramientos, lo dobla de una patada en los testículos. El amigo reacciona tarde y mal, se va a por él con los puños cerrados y la guardia baja. Torca lo derriba de un sopapo.

No se levantan, ni se atreven a mirarle. Se aguanta las ganas de patearlos. La joven, a diez o quince metros, le sonrío. Con un gesto, Torca le indica que se aleje. Ahora avanza un poco más rápido. Cuando la mujer rodea la fuente, les dice:

—Si os vuelvo a ver por aquí, os reviento a hostias.

A pesar del calorazo, Torca corre de prisa, saltándose un semáforo en rojo. Los niños y la chica desaparecen de su mente según sale del Retiro y vuelve a Gran Vía. En cambio, le rondan por la cabeza los nombres de la radio. Rebecca Cruz. Becca. La Queca. Dos hermanas: Maddie y Lisa. Una de ellas, intuye Torca, es la otra sirena. La sepultada en el mar. La otra prostituta.

Pero Torca no quiere pensar, todavía, en el otro cadáver. Le da igual, ahora mismo, que la otra sirena se llame Madeleine o Elizabeth. O que fuera una mujer sin ningún vínculo con Rebecca Cruz. Los muertos pierden el nombre, las raíces y el pasado. El otro cadáver tal vez no aparezca nunca. La otra sirena quizá sea devorada por los peces que surcan las aguas del estrecho de Gibraltar.

En la retina de Torca se ha tatuado una imagen. La sirena boca abajo, apresada por la grúa. Aunque aún no haya visto el vídeo del Manzanares, aunque aún no haya puesto la televisión ni haya abierto en la tableta ninguna de las muchas páginas periodísticas donde la noticia ya aparece ilustrada con fotogramas del vídeo y con varias imágenes de la joven, Rebecca Cruz le ha embrujado como las sirenas de *La Odisea* a Ulises.

—*Estamos convencidos de que contra Gibraltar la política ya no vale. Y seguro que tú también. Eres un patriota. Nos consta. Hemos tenido acceso a tu expediente militar y sabemos o, mejor dicho, hemos deducido qué tuviste que hacer en la guerra contra ETA. Y tu trayectoria posterior también nos parece muy... muy interesante.*

Torca se mordió la lengua. Dejó que la mujer continuara largando.

—*El siglo pasado este encargo lo habrías aceptado sin rechistar. Como cualquier otra orden. Seguro. Pero estamos dispuestos a pagarte la tarifa que estipules.*

Torca sale de la ducha. Se seca, se ciñe la toalla y se sienta ante el ordenador. Teclea el nombre de la sirena. Docenas de medios ya informan sobre el asesinato. Pero Torca todavía no lee nada. El vídeo del Manzanares ya se ha encaramado al primer puesto del buscador. La yema del dedo índice confunde el ratón del ordenador con el gatillo de una pistola y lanza una orden tajante: no dispa-res, no lo veas, olvídate. Pero Torca aprieta el ratón.

Siete segundos.

Uno. El primero apenas cuenta. La cámara muestra el fondo del Manzanares.

Dos. La cámara culebrea por el lecho del río hasta que se topa con el bloque de hormigón.

Tres. Jalonada por unos focos, la cámara trepa por la mole y revela que el hormigón ha engullido a la sirena hasta las rodillas.

Cuatro. La cámara palpa unos muslos rotundos, már-móreos, sin heridas ni magulladuras.

Cinco. La cámara tiembla, por primera vez se detiene y, de repente, asciende de un tirón: como un cohete lanzado al espacio que deja atrás valles y cumbres, muestra fugazmente un hermoso cuerpo desnudo. Y frena al alcanzar el cuello de la sirena.

Seis. Rebecca Cruz quizá no ha sufrido. No hay dolor en su rostro. Tampoco sorpresa. Una sirena bella, serena y eterna.

Siete. La cámara avanza. Roza las pestañas de la sirena y se ahoga en su mirada.

Torca, sobrecogido, alza la mano del ratón.

En dos o tres minutos no hace nada. No piensa. No mira a la pantalla. No recuerda.

Nunca la olvidará.